

- Rango del artículo
- 7 sep. 2020
- Heraldo de Aragón
- EL REFLEJO José Badal, catedrático emérito

La generación mejor preparada

Los buenos alumnos ahora son bastante mejores que sus predecesores; pero los malos son mucho peores

Incontables veces hemos oído esa manida frase de ‘la generación mejor preparada de la historia’, en referencia a nuestros jóvenes y a la teórica cantidad de conocimientos que deben atesorar después de los más que notables recursos de todo tipo puestos al servicio de su educación y formación, con el loable propósito de procurarles herramientas útiles para desenvolverse con soltura en su futura vida profesional, superando, llegado el caso, los obstáculos y fracasos con los que a buen seguro se toparán a lo largo de su periplo vital. Tal aseveración, aun admitiendo cierta carga de verosimilitud, es más bien un latiguillo al que con frecuencia recurren algunos oradores desde distintas tribunas y asimismo algunos periodistas y comunicadores desde sus respectivos medios de comunicación. Lo cierto es que se trata de un tópico más, que unos repiten cual jaculatoria y otros se tragan de un aliento de manera acrítica.

Claro que parte de la gente joven de hoy, con las nuevas posibilidades de instrucción a su alcance, insospechadas hasta hace pocos lustros, posee un nivel de estudios y un bagaje de conocimientos netamente superiores a los de su precedente generación. Así debe ser; lo mismo que el buen discípulo debe superar a su maestro. Contemplando el devenir histórico de los pueblos y exceptuando muy concretas épocas de involución, cualquier generación está mejor preparada que su antecesora para hacer frente a los retos de la vida y alcanzar mejores cotas de prosperidad, por mor de las nuevas ideas y exigencias morales junto con la aparición de nuevos descubrimientos científicos y avances técnicos. El disfrute innegable de cada vez más altos niveles de bienestar por parte de la sociedad en general, pese a nefastos episodios bélicos, deplorables deficiencias en la distribución de la riqueza y tropiezos en la justicia social, hace que la aseveración que sirve de título a este breve artículo sea irrefutable.

Pero ¿cuál es el rasgo que, a mi entender, distingue a esta nueva generación de la mía? Pues que ahora los buenos estudiantes, los que se han esforzado por aprender y adquirir nuevos conocimientos, son personas mucho mejor preparadas intelectualmente de lo que en su momento estábamos nosotros para acometer con éxito, en el ámbito profesional, nuevas tareas, prometedoras iniciativas, atractivos proyectos, nuevos desafíos y modos de trabajo. Y que los malos estudiantes, con una formación muy ramplona pese a contar con iguales ventajas que los buenos, con un bagaje cultural realmente escaso, analfabetos funcionales en su mayoría, algunos ignorantes de su condición de lerdos, otros envanecidos de su estulticia, son individuos con una instrucción claramente inferior a la de los malos estudiantes de décadas atrás, y por ende

muy merdados para vencer dificultades y sobreponerse a los avatares de la vida. En otras palabras: los buenos ahora son bastante mejores que sus predecesores (afortunadamente); pero los malos son mucho peores.

Ahora, hasta en la universidad hay alumnos que escriben con faltas de ortografía y no hablemos ya de vocabulario o de sintaxis. Cuando yo asistía a la clase de párvulos, todos los días escribíamos unas doce líneas que nos dictaba nuestro maestro; al término del dictado, unos corregíamos lo escrito por otros compañeros y señalábamos las respectivas faltas de ortografía. Ya en casa, teníamos que escribir correctamente veinte veces cada falta detectada y presentar esta tarea al día siguiente. ¡Qué tiempos! Los estúpidos dicen hay que calificar lo que se ha escrito y no cómo se ha escrito. A veces me asombra el desconocimiento sobre variados temas de cultura general del que muchos jóvenes hacen gala.

Con la relajación en materia de suspensos, se puede pasar curso en la ESO con tres 'cates'; incluso se puede obtener el título con dos asignaturas suspendidas. En Bachillerato se puede pasar curso hasta con dos suspensos. Y aquí no concluye el disparate: este nuevo curso se podrá quitar el límite de suspensos para promocionar y conseguir el título e incluso se podrá acceder a una beca con un aprobadito raspado, sin valorar el rendimiento académico, únicamente la necesidad económica. ¡Aúpa la indolencia! Por si fuese poco, cada comunidad autónoma tendrá cierta libertad para hacer de su capa un sayo. ¡Qué insensatez! A este paso la actual generación del super (superdivertido, superguay, ...), que, si no boba de remate, ya es titular de graves carencias intelectuales o de acreditada idiocia, lo va a ser aún más por mor de las deplorables decisiones de algunos políticos instalados en el yerro y obcecados en crear una nutrida clientela de personas zotes, dóciles, sumisas, social y económicamente dependientes.